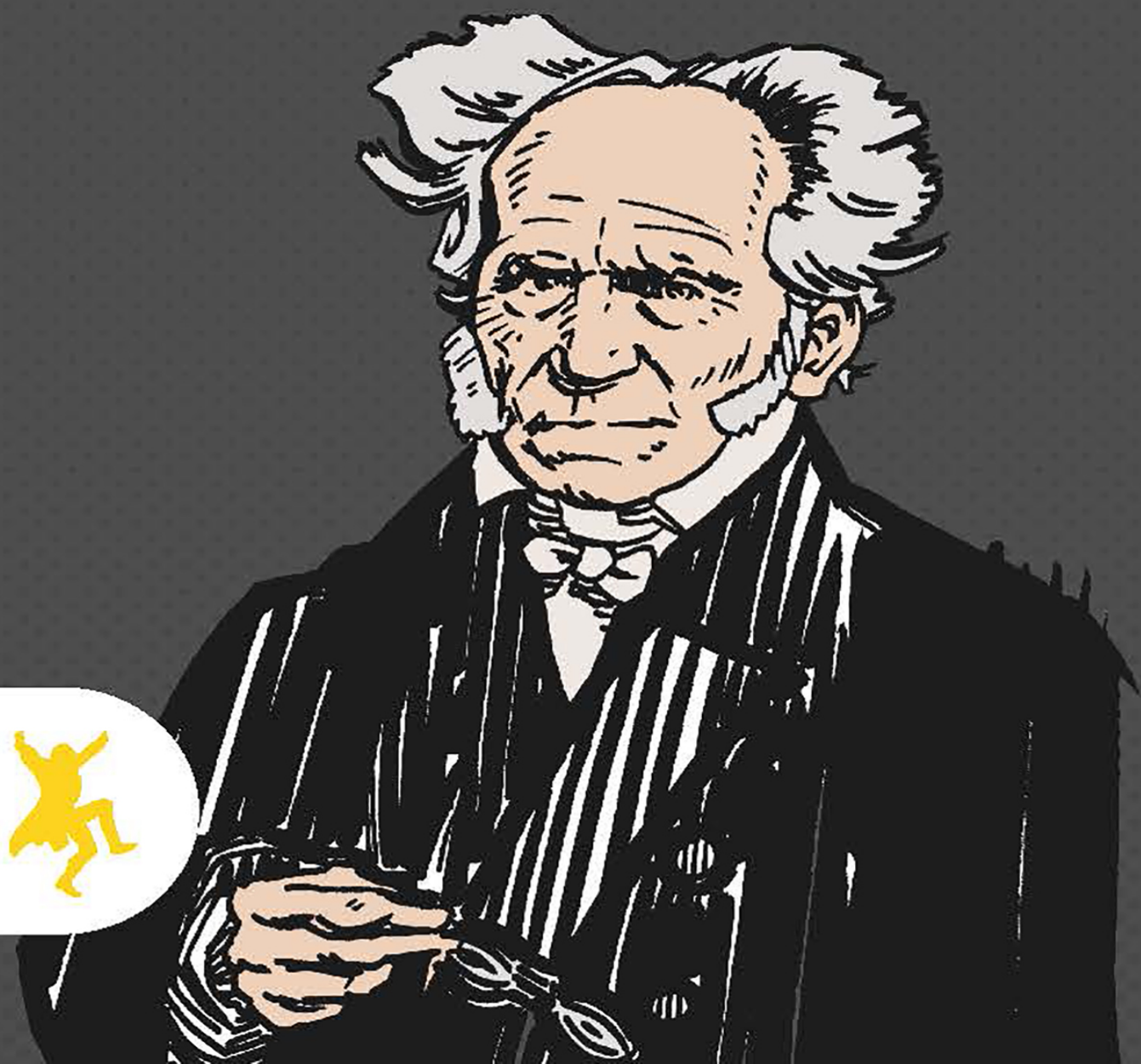


Robert Zimmer | Ansgar Lorenz

ARTHUR SCHOPENHAUER

filosofía ilustrada



Arthur Schopenhauer

Título original: Arthur Schopenhauer. Philosophie für Einsteiger
Traducción: Alejandro del Río Herrmann
Diseño de la cubierta: Taugenit
Edición digital: José Toribio Barba

© 2021, Wilhelm Fink Verlag, Múnich
© 2022, Taugenit S.L.

ISBN EPUB: 978-84-17786-76-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a *œdro* (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

www.taugenit.com

Impreso en Kadmos (P. I. El Tormes. Río Ubierna 12-14. 37003 Salamanca).
Printed in Spain – Impreso en España



Robert Zimmer (textos)
Ansgar Lorenz (ilustraciones)

ARTHUR SCHOPENHAUER

Filosofía ilustrada



Taugenit
EDITORIAL

Un solitario y pensante privado

Arthur Schopenhauer nació en 1788 en Danzig, el actual Gdańsk en Polonia. Toda su vida permaneció, no del todo de buen grado, como un pensador privado que, apartado de los debates públicos, reflexionó sobre la esencia del mundo y elaboró pacientemente su filosofía. Su obra era contraria al espíritu filosófico de la época. Su tesis de que la realidad no es gobernada por la razón sino por un impulso vital irracional tuvo escasa aceptación entre sus contemporáneos.

No era tampoco un maquinador dotado. Sus aspiraciones a un puesto docente en distintas universidades fueron infructuosas. Su orgullo y su temperamento colérico le condujeron finalmente a llevar una vida solitaria en compañía de un ama de llaves y un caniche. Como su muy venerado Immanuel Kant, permaneció soltero. Constantemente era asaltado por depresiones. Se convirtió, como él mismo decía, en el «Kasper Hauser» de la filosofía alemana. De este aislamiento intelectual se consolaba con la lectura de los clásicos de la literatura y de la filosofía y con la conciencia de ser el creador de una obra de trascendencia sin igual.



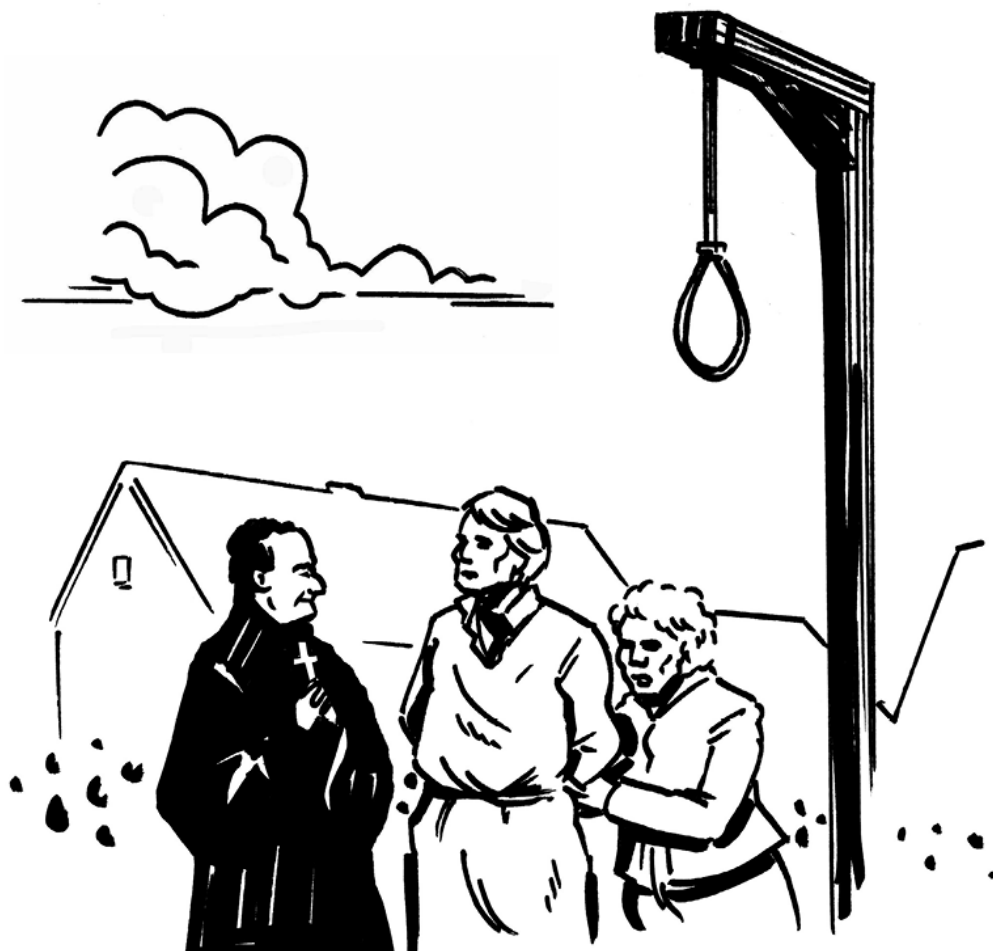
No fue hasta la última década de su vida cuando al solitario y pensante privado le cupo la experiencia de lo que, irónicamente, denominó la «comedia de su gloria». Ahora los periódicos empezaban a escribir sobre él, las universidades se ocupaban con su doctrina y una cohorte de discípulos se declaraban sus seguidores. Por fin, ahora podía exclamar: «¡El Nilo ha llegado a El Cairo!».



El hijo del comerciante

A Arthur Schopenhauer no le venía de cuna llegar a convertirse algún día en un filósofo importante. Al contrario: creció siendo hijo del afortuna-

do e influyente comerciante de Danzig Heinrich Floris Schopenhauer y estaba destinado por él a sucederlo en el negocio. Tras el traslado de la familia a Hamburgo, transcurridos cuatro años, en 1793, fue enviado por el padre a la escuela privada de Runge, especializada en la formación de la prole de familias de comerciantes. No gozaban del favor de esa institución las materias humanísticas, como el latín o el griego, sino los contenidos orientados a la práctica, como la matemática y la geografía. Y si bien el joven Schopenhauer ya había manifestado a muy temprana edad su afición a las ciencias del espíritu, no pudo sustraerse a la voluntad paterna de que emprendiera una formación comercial, la cual no interrumpirá hasta 1806, un año después de morir su progenitor. Sin embargo, siempre estará agradecido al padre por el considerable patrimonio que este le legó y que le permitió, andando el tiempo, consagrarse a sus inclinaciones filosóficas sin tener que padecer estrecheces materiales.



El pequeño Buda

El joven Schopenhauer, criado en condiciones acomodadas, era, no obstante, muy sensible a los aspectos sombríos de la existencia humana. En su viaje por Europa, realizado con sus padres entre marzo de 1803 y agosto de 1804, tuvo algunas experiencias cruciales para su posterior concepción pesimista del mundo. En Londres fue testigo de ejecuciones públicas: «Sentí un escalofrío cuando les pusieron la soga al cuello; un momento espantoso: su alma parecía estar ya en otro mundo», apuntó en su diario de viaje. Más impresionante aún fue su visión de unos galeotes en la ciudad francesa de Tolón, los *forçats*, quienes, encadenados a las galeras, cumplían su pena sometidos a los trabajos más duros, alimentándose solo de pan y agua y sin poder dejar los barcos. La idea de que este mundo es obra de un creador sumamente bondadoso empezó a tambalearse con fuerza en la mente de Schopenhauer: «En mi decimoséptimo año», anotará mucho más tarde, «la miseria de la vida me sobrecogió igual que a Buda en su juventud, cuando vio la enfermedad, la vejez, el dolor y la muerte [...]. Mi conclusión fue que este mundo no podía ser obra de un ser sumamente bueno, sino, antes bien, que era obra de un demonio, el cual había hecho existir a las criaturas para recrearse con el espectáculo de su suplicio». La tesis de que «desde el fondo de la existencia humana» nos habla «el destino del sufrimiento» devino en una de las afirmaciones más importantes de su filosofía.

Años de aprendizaje filosófico

En 1807 el joven Schopenhauer interrumpió su formación comercial en Hamburgo y se trasladó a vivir con su madre al objeto de cumplir, por fin, sus sueños académicos. Los saberes humanísticos de los que carecía, entre ellos el latín y el griego, los recupera a pasos agigantados. En dos años adquiere los fundamentos requeridos para cursar estudios superiores y se matricula, siguiendo el deseo de la madre, en materias de utilidad práctica, como medicina y ciencias naturales, en la Universidad de Gotinga. Sin embargo, al cabo de un par de semestres, su interés principal pasa a centrarse en la filosofía: lee a Platón y a Kant, que ejercerán en él una po-

derosa influencia. Atraído por la fama del, por entonces, más conocido filósofo alemán vivo, Johann Gottlieb Fichte, el estudiante Schopenhauer se traslada en 1811 a la Universidad de Berlín. Pero la teoría fichteana, especulativa e incomprensible, que ve en el «yo absoluto» el basamento del conjunto del saber, despierta en él repulsión y sorna crecientes, a las que da libre curso en sus apuntes de clase: «En esta lección, aparte de las cosas aquí anotadas, dijo otras con las que me entraban ganas de ponerle una pistola en el pecho y decirle: “Ahora te toca morir sin piedad, pero, por tu miserable alma, antes dime si con ese galimatías has pensado algo con claridad o si solo nos has tomado por tontos”».

No había para Schopenhauer ningún yo absoluto, sino solo un yo empírico que es parte del mundo de la «representación», un concepto que, a pesar de todo, sí que tomó de Fichte.



El pensador cosmopolita

Schopenhauer vivió en un tiempo en el que, también en la filosofía, alboraba de nuevo la conciencia nacional alemana. Johann Gottlieb Fichte, a cuyas lecciones asistió en Berlín, había publicado en 1808 sus *Discursos a la nación alemana*. A Schopenhauer, en cambio, le resultaba ajeno ese punto de vista nacional. Él era un pensador cosmopolita con un vasto horizonte. Ya tempranamente había aprendido a conocer mundo. A la edad de nueve años, su padre le mandó a pasar un bienio como huésped de una familia francesa de El Havre, donde se familiarizó con la cultura del país. También con la cultura inglesa había de mantener una estrecha relación toda su vida: en el marco del viaje por Europa emprendido en compañía de sus padres, asistió durante medio año a un colegio privado en Londres. De adulto, formaba parte de sus hábitos de vida inalterables la lectura diaria del *Times*.



Además del francés y del inglés, más tarde aprendió, aún, español e italiano. También en las literaturas de estos países se sentía como pez en el agua. Hacia los alemanes experimentaba más bien desafección y criticaba su «pesadez». A excepción de Kant y de Goethe, censuraba su «servilismo a la época», así como su inclinación a la oscuridad. «No a los contemporáneos, ni a los compatriotas, es a la humanidad a la que dejo mi obra ahora terminada», escribió en el prólogo a la segunda edición de *El mundo como voluntad y representación*.

Johanna Schopenhauer y la formación literaria

Johanna Schopenhauer (1766-1838), la madre de Arthur, era una mujer de exquisita formación literaria. Hablaba varios idiomas y, como autora de novelas y relatos de viajes, cosechaba más éxito con sus obras que su hijo con las suyas. Su casamiento con Heinrich Floris Schopenhauer, veinte años mayor que ella, fue un típico matrimonio de conveniencia. Tras la muerte de su marido, en 1805, Johanna, que acababa de entrar en la cuarentena, se trasladó a vivir de Hamburgo a Weimar, donde cultivó su afición por las letras y llevó un salón literario muy frecuentado en el que también Goethe alternaba a menudo.

Johanna Schopenhauer transmitió a su hijo una gran cultura literaria y el amor por las bellas letras. Sentía predilección por la literatura inglesa del siglo XVIII, por aquel entonces aún poco conocida en Alemania, que leía, al igual que su hijo, en idioma original. Más tarde Schopenhauer mencionaría como sus cuatro novelas preferidas el *Quijote* de Cervantes, la *Nueva Eloísa* de Rousseau, el *Tristram Shandy* de Sterne y el *Wilhelm Meister* de Goethe. Este intenso contacto desde bien temprano con la literatura universal dejó su impronta en la claridad y en la elegancia de su estilo, haciendo de él uno de los filósofos más legibles en lengua alemana.

Las primeras armas filosóficas

La época de estudios de Schopenhauer cae en plena fase turbulenta de las guerras napoleónicas. Tras el semestre de invierno de 1812/1813 huyó